



## La mirada de Enrique Gil



PAZ DÍEZ-TABOADA

### 1. Visión de conjunto

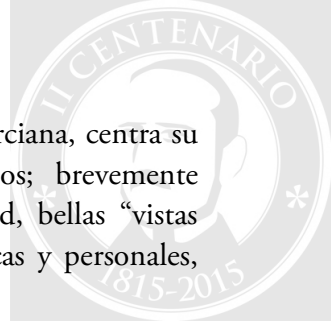
Al leer el *Bosquejo* uno tiene la impresión de estar ante una obra largamente pensada y madurada. En cierta manera, queda desmentida la idea de “provisionalidad” que el título sugiere. Ciertamente es que en ningún momento parece que Gil tuviera pretensiones de total exactitud, precisión o exhaustividad, ni geográfica, ni histórica, ni mucho menos artística, pero, desde luego, el *Bosquejo* es bastante más que el resultado de haber dado rienda suelta a la evocación, al pensamiento, al sentimiento y, desembotando la pluma, haber volado sobre el Bierzo en alas de la imaginación o del recuerdo. La obra responde a un plan previamente concebido con evidente rigurosidad.

Los ocho artículos –o capítulos, si se prefiere–, pueden dividirse en dos partes: 1º, El Bierzo (del I al V, inclusive); 2º, el resto de la provincia de León (VI al VIII). El artículo V remata con estas palabras: “Hemos concluido un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido a pesar de sus bellezas. [...] / En otro artículo hablaremos

de los monumentos notables del resto de la provincia”. El mismo Gil, por tanto, traza una clara “línea divisoria” que delimita los dos ámbitos geográficos: El Bierzo, su comarca natal, su patria chica; después, todo lo demás.

En la primera parte, Gil recorre todo El Bierzo siguiendo el curso de la historia. En el artículo I, después de unas largas reflexiones, interesantísimas, sobre la deformada visión que de España tienen los viajeros foráneos, sobre la endémica incuria nacional y sobre el afán autodestructivo que, en lo artístico y monumental –como en cualquier otro aspecto–, nos caracteriza a los españoles, comienza Gil su recorrido histórico por el pueblo romano y, geográficamente, en el castro de la Ventosa, la antigua *Bélgidum* o *Bergidum*, topónimo de probable raíz céltica o germánica romanizada, del que procede el actual Bierzo. Ubicación, descripción, panorámica y largos comentarios y disquisiciones sobre la importancia histórica y arqueológica de *Bergidum*, incluyendo además la narración de una acción de guerra, entre los ejércitos inglés y francés, que tuvo lugar en el castro de la Ventosa durante la Guerra de la Independencia (el 3 de enero de 1809), constituyen el contenido de dicho artículo, el más extenso de toda la serie.

El II trata de Las Médulas, principalmente desde el punto de vista histórico y arqueológico, y Gil narra también la visita que realizó, acompañado de unos amigos y de un curioso berciano apodado *Ferrascús*, en el “otoño de 1840”. Las fundaciones monásticas de la “Tebaida leonesa”, en el Valle del Silencio: San Pedro de Montes, Santiago de Peñalba y la cueva de San Genadio, más el relato de una excursión a la ermita de Nuestra Señora de la Aquiana, son la materia del III. En el IV pasa revista a los principales monasterios e iglesias, en general, de estilo románico –o lombardo, como se decía en el Romanticismo–. Aunque describe las iglesias de Corullón, San Esteban y San Miguel, la iglesia de Santiago de Villafranca y el monasterio de San Miguel de las Dueñas, se detiene más ampliamente en Carracedo, tanto en su descripción y ambientación histórica, como en sus críticas acerbas contra las “fechorías” arquitectónicas que, parece ser, cometieron los monjes bernardos en la fábrica de tan hermoso



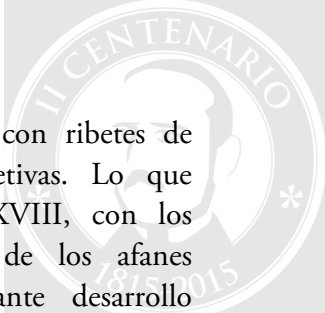
monasterio. Y en el V, y último dedicado a la tierra berciana, centra su atención en las construcciones militares: los castillos; brevemente descritos los de Bemibre y Corullón y con prolijidad, bellas “vistas panorámicas” y rememoraciones y evocaciones históricas y personales, los de Cornatel y Ponferrada.

En la segunda parte del *Bosquejo*, en el artículo VI, Gil y Carrasco sale del Bierzo por la “vía de Foncebadón”, camino de Astorga. La situación de esta ciudad, su historia, su catedral, la descripción y valoración del famoso retablo de Gaspar Becerra, el Seminario Conciliar –con la evocación de su estancia en él siendo estudiante– y la rememoración de la gloriosa defensa de Astorga en la Guerra de la Independencia, son el núcleo central de lo tratado en este artículo VI; pero aún se extiende, al salir de Astorga por el camino *francés*, coincidente con la antigua calzada romana, desandando, por tanto, el Camino de Santiago, en la descripción de las comarcas por las que transita: Ribera de Órbigo, El Páramo, y va señalando los monumentos más destacados: el puente del Paso Honroso, en Hospital de Órbigo, el monasterio de Carrizo y el santuario de Nuestra Señora del Camino. Al término, León.

La panorámica general de la ciudad de León y la información, descripción y valoración artística de la basílica de San Isidoro y de la Catedral, constituyen el contenido del artículo VII, el segundo más extenso del conjunto. Y, por último, en el VIII, trata del convento de San Marcos y critica duramente la incuria y desidia generalizadas que han empobrecido el patrimonio artístico leonés. Saliendo de León, por el puente del Castro, hacia Castilla, pasa por la antigua Lancia y da fin a su recorrido en Sahagún, haciendo una vez más consideraciones sobre el espíritu vandálico y autodestructivo de los españoles.

## 2. Género literario e intención reivindicativa

Durante el siglo XVIII y entroncando con ciertos precedentes del siglo anterior (por ejemplo, *Viaje por España*, de la Comtesse d'Aulnoy), va incrementándose, en los principales países europeos, el género literario y periodístico de las “cartas, memorias, diarios y libros de viajes”. Esta



literatura “viajera” es fundamentalmente descriptiva, con ribetes de cierto ensayismo y escapadas sentimentales y subjetivas. Lo que empieza, aproximadamente, a mediados del siglo XVIII, con los “informes” y “epístolas informativas”, al servicio de los afanes reformistas de los Ilustrados, alcanza un importante desarrollo periodístico y destacada categoría literaria durante el Romanticismo, desde sus albores y aún después: el gusto por lo exótico, extraño y pintoresco, por lo específico y diferencial, tanto en el tiempo como en el espacio o en ambos sentidos, es una característica vertebral del movimiento romántico.

Ejemplo señaladísimo en el siglo XVIII, ya en época prerromántica, son las *Cartas a Ponz* que Jovellanos escribe, en principio, a petición del mismo Ponz, para que éste tuviera información sobre León y Asturias, de la que pudiera valerse en la composición de su obra *Viage de España*. Ponz sólo utilizó algunas de las cartas del ilustre polígrafo asturiano, precisamente las que tratan de León, y murió dejando su obra incompleta, pero Jovellanos escribió hasta nueve de dichas cartas, y algunas tan interesantes como la que trata de las romerías asturianas o la de los vaqueiros de alzada. Y ya en el Romanticismo, las que Larra escribió durante su viaje por Extremadura o las famosísimas *Desde mi celda*, de Gustavo Adolfo Bécquer.

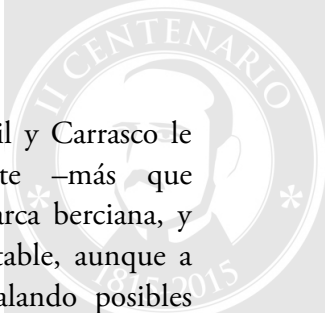
Aún siendo continuaciones de las “cartas de viajes” de los ilustrados, las de los románticos presentan destacadas diferencias. En relación con esto es interesante la distinción que establece el profesor Caso:

La literatura descriptiva prerromántica se diferencia de la romántica precisamente en que a ésta le interesa lo diferencial, lo típico, mientras a aquélla todo lo que constituye el ser físico y psíquico de un pueblo; mientras la segunda se detiene en la mera observación o se transforma en sátira, la primera busca la exactitud descriptiva para sacar las consecuencias de orden social, político o económico desde una perspectiva reformadora<sup>1</sup>.

A la luz de esta precisión, el *Bosquejo* se percibe como un texto ecléctico que trata de abarcar una y otra actitud, la prerromántica, de los

---

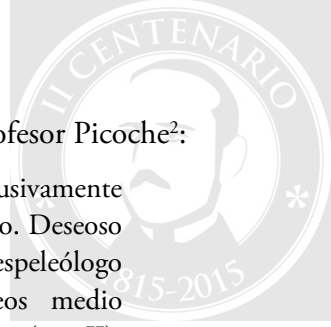
<sup>1</sup> Caso González, J., Introducción a *Gaspar Melchor de Jovellanos, Obras en prosa*. Valencia, Castalia, 1970, p. 32.



ilustrados de final de siglo, y la romántica plena. A Gil y Carrasco le interesa lo que determina física y culturalmente –más que psíquicamente– la tierra leonesa, en particular la comarca berciana, y trata de describirla con bastante exactitud y una aceptable, aunque a veces muy incompleta, documentación histórica, señalando posibles aplicaciones utilitarias en el orden económico, incluso en el industrial y, aún más, en el socio-cultural y artístico. No se limita a describir sin más, por muy bellamente que lo haga; saca también consecuencias teóricas, históricas y culturales y, así mismo, prácticas y utilitarias. Se podría afirmar que tiene el prurito de hacer hincapié en los aspectos “aprovechables” de su comarca y provincia, para futuras realizaciones de variada índole.

Repetidas veces señala que podrían ser explotadas de nuevo las viejas minas bercianas; incluso propone si no serían aún rentables minerológicamente ¡nada menos que Las Médulas! (arts. I y II); llama la atención sobre los cultivos: viñas, castaños, higueras, linares, etc. y no sólo con pretensión estética, como vivencia emocionada del paisaje, aunque también en este aspecto exhorta a los paisistas a que acudan a la contemplación de tanta hermosura para perpetuarla por medio de la expresión pictórica. Incluso la evocación de la grandeza histórica del Viejo Reino y la bastante pormenorizada descripción de sus tesoros arqueológicos y artísticos, no son solamente un mero “escape hacia el pasado”, por otra parte tan del gusto romántico, ni un inútil recuento movido del simple afán de inventariar y describir.

Por el contrario, con un sentido social mayor de lo que habitualmente se supone en los escritorios románticos y un cierto pragmatismo, en cuanto a posibilidades de realización concreta, ya no tan frecuente en el Romanticismo, Gil y Carrasco recaba para su patria chica la atención de los redactores e ilustradores de la *España artística y monumental* (arts. I y II), “de la Academia de la Historia y de su digno presidente” (art. I), de “esta infinidad de periódicos artísticos y literarios” (art. I) y, por supuesto, de sus lectores de Madrid.



Sobre todo esto que venimos comentando, dice el profesor Picoche<sup>2</sup>:

Contra las apariencias, Enrique Gil no es exclusivamente soñador. Es un espíritu activo e ilimitadamente curioso. Deseoso de visitar las minas de las Médulas, se transforma en espeleólogo bastante atrevido para aventurarse en subterráneos medio derrumbados, en que sólo puede avanzar arrastrándose (art. II). [...] La observación ha venido a ser en él una verdadera manía, y los viajes, una pasión, una fiebre. Pero no se trata sólo de viajar y observar. Hay que actuar. Abomina el desaliño, la incuria. Escribe el *Bosquejo de un viaje* en parte para protestar contra la degradación de los monumentos nacionales, en parte para fijar la atención de los industriales en las riquezas mineras del Bierzo. (...) Pero, al lado de un firme idealismo, **se notan preocupaciones utilitarias que proceden en línea recta de la Ilustración de fines del siglo XVIII**. Nótese, por ejemplo, la insistencia con que desea un gran porvenir industrial en el Bierzo, felicitándose de la creación de una sociedad minera en el país (art. II)<sup>3</sup>.

El *Bosquejo* es, pues, una inteligente síntesis de, por una parte, abundantes descripciones, más emotivas y sentimentales las de paisajes y enclaves naturales y con mayor detenimiento y objetividad las de monumentos y obras artísticas, y, por otra, de breves resúmenes históricos y pasajes críticos, nunca excesivamente acres, apenas rozando la sátira, sin afilar demasiado la pluma, más bien, por el contrario, resolviéndose en una noble indignación, como quien discierne, critica y denuncia aspectos, hechos, realidades que le producen una intensa pena, pero sin pretender en ningún momento herir, denostar ni burlarse. No se propone ser un reformador, sino poner su pluma al servicio de un mejor conocimiento de su provincia y comarca y, si no solucionar – porque no puede y lo sabe–, sí delatar y denunciar en cuánto olvido se hunde el ser de España –y el de León, más concretamente–, y cómo la negligencia, la incuria y la ignorancia la destruyen poco a poco.

---

<sup>2</sup> El mejor estudio de la vida y la obra de Gil y Carrasco que se ha publicado hasta la fecha, es, indudablemente, la monografía del hispanista francés Jean-Louis Picoche, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid, Gredos, 1978.

<sup>3</sup> Picoche, *ob. cit.*, cap. VIII. El subrayado es nuestro.



### 3. Citas e influencias literarias

Independientemente de los nombres que aduce como fuentes históricas y artísticas: Plinio, Mariana, Flórez, Risco..., Gil cita y alude en el *Bosquejo* a algunos autores y obras literarias de distintas épocas, procedencias y géneros.

De la literatura popular y tradicional española, cita el viejo aforismo: “A España dieron blasón / las Asturias y León”, que dice ha dado título a “una comedia de nuestro teatro antiguo”. Y en el mismo artículo VII reproduce los cuatro primeros versos de un viejo romance cidiano: “Salió a misa de parida / en San Isidoro de León / la noble Jimena Gómez, / mujer del Cid Campeador”.

En cuanto a nuestra literatura clásica, reproduce los tres versos finales de la segunda estancia de la *Canción I. Por la pérdida del rey don Sebastián* de Fernando de Herrera: “Y el Santo de Israel abrió su mano, / y los dejó y cayó en despeñadero / el carro, y el caballo y caballero” (vv. 24-26); ciertamente, es un buen resumen lírico de la estrepitosa caída de los caballeros templarios. Citas de Herrera aparecen en otras dos obras suyas y a él alude varias veces. También fray Luis de León es poeta citado y recordado por Gil, pero en el *Bosquejo* solo encontramos una reminiscencia suya en el artículo VIII, donde dice que, al salir de la ciudad de León, se vuelve a saludar “aquellos sotos y prados tan amenos” que recuerdan a los “prados en verdad frescos y amenos”, de la última lira de *Noche serena*. Aunque Cervantes y Calderón son los dos clásicos más veces nombrados por Gil en sus obras, sin embargo, nada de ellos hay en el *Bosquejo*.

Picoche quizá exagera un poco cuando dice, respecto de la formación literaria de Gil:

Sus estudios literarios fueron sin duda muy pobres. Conoce la literatura latina, pero no la utiliza, siendo la Biblia su única fuente antigua. Ignora la mayor parte de los grandes clásicos españoles, a excepción de Cervantes, y desconoce totalmente las novelas antiguas (picarescas, pastoriles o sentimentales), y, algo menos, el teatro del Siglo de Oro... Conoce mejor la poesía clásica española y es posible que su admiración por fray Luis de León se deba a su educación en el colegio. En cambio, cuando

reside en Madrid, aprende el francés y lee con avidez a Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Hugo, antes que a los autores españoles<sup>4</sup>.

En el artículo III se encuentra un emocionado recuerdo de Espronceda y la cita de los versos 865 al 868 de *El estudiante de Salamanca*. Y, aparte de nombrar a Feijoo y a Jovellanos, a quien, por cierto, no parece reconocer como autor de la información que sobre San Marcos de León incluye Ponz en su *Viage de España*, diciendo solamente que se debe a “un erudito caballero” (VIII), nada más hay de influencia directa de nuestra literatura en todo el *Bosquejo*.

En cuanto a la literatura extranjera, al describir los matorrales y las revueltas del valle del Silencio, cita uno de los primeros versos de la *Divina Comedia*: “*Aquella selva selvaggia ed aspra e forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida” (III); y en el artículo II, recuerda el “clima” del poema *Tinieblas* de lord Byron en el pesado aire de los pasadizos de Las Médulas. Señala Picoche que el pasaje sobre los ermitaños de la “Tebaida leonesa”, que se encuentra en el artículo III, puede estar inspirado en la stanza XXI del canto I del *Childe Harold*; y del mismo autor y obra, pero en las stanze XII-XIV del canto II, sobre los vándalos británicos saqueadores de Grecia, puede basarse el párrafo de Gil en el artículo VIII del *Bosquejo*: “...porque seguramente tenía menos de extraño que los turcos mutilasen las estatuas de la Grecia para cargar con sus restos los cañones de los Dardanelos...”<sup>5</sup>.

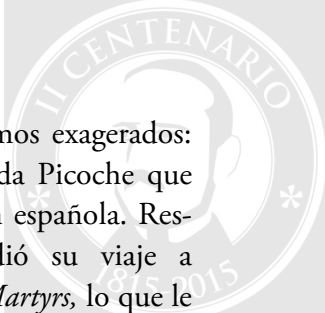
En la inmensa mayoría de su obra y también en el *Bosquejo*, Gil y Carrasco manifiesta conocer muy bien la literatura romántica francesa y haber recibido influencia de los mejores creadores románticos del país vecino: Chateaubriand, Lamartine, Hugo. Como poeta es un lamartineano y como prosista –y quizá, aún más, como total escritor romántico, convicto y confeso, ya que no converso– es un verdadero adicto de Chateaubriand y afiliado al romanticismo cristiano, liberal y moderado que creó el ilustre Vizconde de la Bretaña. En su excelente monografía sobre Gil, el ilustre erudito galo, al que fielmente seguimos,

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, cap. XVIII, p. 261.

<sup>5</sup> *Ibid.*, cap. XVIII, p. 237-238. Véanse también en el mismo cap. las pp. 229-231, 232, 233, 260 y en el cap. V, las pp. 46-47.





hace hincapié en esta influencia y filiación hasta extremos exagerados: ocho veces, a lo largo y ancho de su obra, nos recuerda Picoche que todo Gil es algo así como un Chateaubriand en versión española. Respecto del *Bosquejo*, como “Chateaubriand emprendió su viaje a Jerusalén con el fin de coleccionar los paisajes para *Les Martyrs*, lo que le permitió escribir el *Itinéraire [de Paris à Jerusalem]*, de modo más modesto, Gil visita el Bierzo que será el fondo de su *Señor de Bembibre*, lo que le permite escribir su *Bosquejo de un viaje*”<sup>6</sup>; y señala también el gusto por la epigrafía, las descripciones panorámicas, el interés por las devociones populares y por las órdenes religiosas y otras coincidencias entre ambos escritores, como imitaciones y débitos tomados por el leonés, directa y conscientemente, de la obra del gran bretón. Incluso llega a decir: “Hasta se puede creer que lo esencial de la fe cristiana de Gil tiene su origen en *Le Génie [du Christianisme, de Chateaubriand]*”. Sinceramente, tal aseveración nos parece a todas luces excesiva.

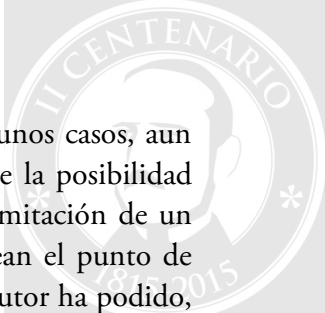
Por otra parte, en todo el *Bosquejo* Gil no nombra ni una sola vez a Chateaubriand, aunque en el artículo III se encuentra un extenso párrafo que viene a ser versión libre, pero inequívoca, de un fragmento de *Le Génie du Christianisme*, parte IV, libro VI, capítulo VII. Es el que comienza: “Nadie duda en el día que sin la providencial organización del catolicismo...” y concluye: “...se cruzaron ríos y se animaron los desiertos”<sup>7</sup>.

En resumen, podríamos decir que el *Bosquejo* fue escrito bajo la influencia de Chateaubriand, por un escritor que gustaba de la literatura del gran romántico francés, coincidía con él en una positiva valoración del papel civilizador del cristianismo y que, por temperamento y talante personal, asumía el carácter liberal y moderado del vizconde bretón. A pesar de todo, pensamos que en la crítica literaria actual demasiado rápidamente se da por supuesto que todo autor escribe su obra a partir de la necesidad de expresión de unas vivencias que él fragua, organizándolas según un modelo previo, como si éste fuese el punto de partida que ha llevado al autor a la escritura, a la formalización concreta.

---

<sup>6</sup> V. nota anterior.

<sup>7</sup> *Ibid.*, cap. XVIII, p. 229.



Pero esto nos parece verdad sólo en parte o sólo en algunos casos, aun cuando éstos puedan ser mayoría. Por el contrario, cabe la posibilidad de que la afiliación de un autor respecto de otro y la imitación de un modelo determinado en la creación de una obra, no sean el punto de partida, sino, a la inversa, el de encuentro o llegada. El autor ha podido, al fin, encontrar ya realizado e incluso avalado por prestigio literario o por alta categoría estética lo que él ha intuido o considerado posible, lo que le apasiona o, en definitiva, le interesa. Por ejemplo, y en el caso que nos ocupa, el problema de las fuentes podría plantearse así: ¿Gil escribe el *Bosquejo* para hacer una obra semejante al *Itinéraire* de Chateaubriand, servilmente fiado en su prestigio, o, por el contrario, encuentra en el *Itinéraire* el modelo moderno, romántico, que le apoya en su decisión de lo que quiere y le conviene crear?

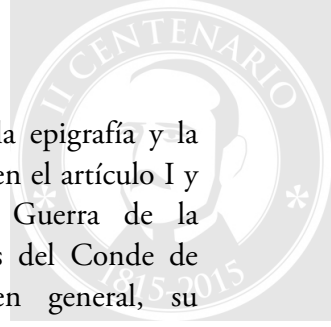
#### 4. Documentación, gusto artístico y defensa de las órdenes

Sabemos de Gil, desde noviembre de 1840, en su puesto de bibliotecario de la Nacional, gracias a Espronceda. Ha reducido sus publicaciones. Lee, estudia y se documenta, aprovechando la circunstancia de tener a su disposición la mejor biblioteca de España. El *Bosquejo*, en parte, es la primera muestra de su aplicación en el estudio de la historia; la segunda es *El Señor de Bembibre*.

Por el *Bosquejo* desfilan, una detrás de otra, citas, alusiones e informaciones de varios historiadores. Al tratar de la época romana en El Bierzo y Astorga, cita a Plinio y Anneo Floro. Para documentarse sobre el turbulento siglo XIV, parece que ha leído a Juan de Ferreras y además una abundante bibliografía sobre los templarios: quizá las obras de Pérez de Montalbán, Jerónimo Zurita, Rodríguez Campomanes y algunas más de autores franceses. Desde luego demuestra conocer bien la *Historia de España* del P. Mariana, la *Historia de León* del P. Risco y, en cuanto a la historia de la Iglesia y de las órdenes religiosas en España, ha leído a Sandoval y sigue fielmente el t. XVI *De la Santa Iglesia de Astorga*, de la monumental *España Sagrada* del P. Flórez de Setién<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Sobre la documentación histórica de Gil, véase Picoche, cap. XIV, pp. 149 y ss.



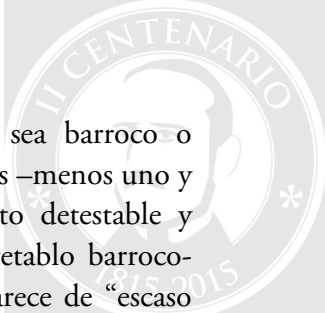
Por otra parte, manifiesta gusto y curiosidad por la epigrafía y la arqueología, sin desdeñar por ello la historia moderna: en el artículo I y en el VI hay sendos episodios históricos de la Guerra de la Independencia, que Picoche identifica como tomados del Conde de Toreno. Indudablemente, su documentación y, en general, su formación histórica es sensiblemente mejor que la artística.

A pesar de la demostrada sensibilidad visual y del marcado estilo plástico, parece ser que Gil poseía una deficiente formación y bastante limitada capacidad de valoración en materia artística<sup>9</sup>. Su gusto nos parecería hoy día atrabiliario y subjetivo en extremo. Desde luego, era romántico hasta la médula y, como es lógico, participaba de las pautas de valoración estética propias de su tiempo; pero, aparte de esto, hace el efecto de que su mirada se hallara excesivamente empañada por una cierta niebla sentimental.

Por ejemplo, le disgusta la “ruda y tosca”, pero sólida fábrica, de la iglesia de San Pedro de Montes y su carencia de adornos (III); en definitiva, su solidez y sobriedad. ¡Bendita solidez que, 150 años después del error político, económico, social y artístico –en toda la línea– del Sr. Álvarez Mendizábal y de atropellos y expolios posteriores, aún nos permite verla en pie! Otra desnudez, que no la de adornos en sus puertas y ventanas, es la que hoy día lamentamos. Se extraña a la vista de la iglesia de Santiago de Peñalba –y extraña es– y dice ser mas apropiada para “mezquita mahometana” que para “iglesia de Jesucristo” (III); y ante la pequeña maravilla de su portada sólo percibe el carácter árabe, de las tres columnas de mármol y “la mano del artífice infiel”. Asimismo, le parece mentira que la mayor parte de la catedral de Astorga sea del mismo estilo gótico que la de León y Sevilla, porque dicha arquitectura se presenta a sus ojos en estado de “rudeza y atraso”, y también las torres las encuentra “pesadas y poco airoas” (VI), aunque son ya del siglo XVI.

---

<sup>9</sup> “Parece insuficiente su educación artística cuando dice que ‘los arcos y columnas... participan tanto de lo gótico como de lo árabe’ (IV). Nada semejante he podido constatar, ni siquiera en el antiguo artesonado, cuyos vestigios se conservan hoy en el Museo Arqueológico de León”. *Ibid.*, cap. XIII, p. 130.

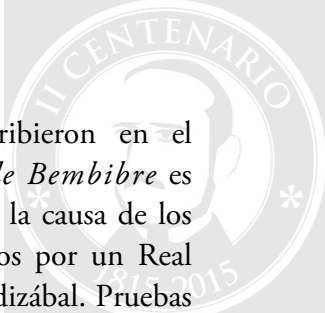


No reconoce valor artístico posible en nada que sea barroco o neoclásico; así, de un plumazo, invalida todos los retablos –menos uno y no el mejor– de San Pedro de Montes, “de un gusto detestable y churrigueresco”, sin fijarse siquiera en el encanto del retablo barroco-colonial de Ntra. Sra. de la Aquiana. Igualmente, le parece de “escaso mérito” la estatua ecuestre de San Isidoro, sobre la puerta principal de la basílica-colegiata, y, aunque no suele despreciar el románico, encuentra que el dibujo de las figuras del tímpano de esta misma puerta es de “suma incorrección y tosquedad” (VII). E, incluso, en la *Pulchra Leonina*, que es para él –y quizá no exagera– el más bello templo imaginable, considera que la fachada norte y el claustro son “de un gusto depravado” y “que el arquitecto *de buen gusto* que ideó la moderna cúpula sólo alcanzó a hacer la cubierta de una empanada” (VII).

En el monasterio de Carracedo le disgusta la iglesia neoclásica, lo que no es de extrañar si se compara con la gracia y belleza del resto del monasterio, ¡de lo que queda, claro!; y Gil se indigna al enterarse de que los propios monjes habían demolido la original (IV). Y, por último, una “laguna” importante: ni comentario, ni alusión hace Gil en el *Bosquejo* sobre las pinturas de bóvedas y muros del Panteón Real de San Isidoro. La estatua ecuestre del Santo sí estaba encalada en aquella época –el propio Gil lo dice–, pero, que sepamos, no era este el caso de las antedichas bellísimas pinturas.

Sus preferencias artísticas, aún sin desdeñar el romántico, se centran, pues, en el gótico más puro y en el estilo renacimiento. La catedral de León, el retablo de Gaspar Becerra, en la de Astorga, y la fachada e iglesia –en su parte más antigua– del convento de San Marcos, son los tres monumentos que Gil aprecia sobre todos los otros de su provincia, los que describe con más detalle, con más amor y a los que no escatima, sino que prodiga, los más encendidos elogios.

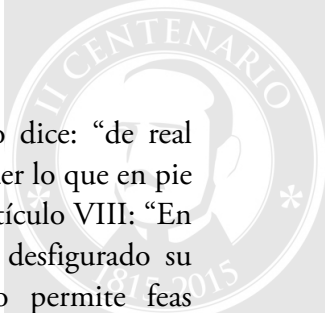
Pero vayamos a otra cuestión. Picoche afirma categóricamente que Gil y Carrasco “se muestra partidario resuelto de las órdenes religiosas y de su restablecimiento”; incluso, el interés de Gil por los templarios lo interpreta el ilustre erudito como una manifestación de la adhesión del escritor berciano a la corriente de simpatía por el renacimiento del espíritu caballeresco, tendencia que se constata, en las varias obras que



sobre el Temple y otras órdenes militares se escribieron en el Romanticismo. Asimismo, cree Picoche que *El Señor de Bembibre* es “uno de los primeros ensayos españoles para rehabilitar la causa de los religiosos” que, como se sabe, habían sido exclaustrados por un Real Decreto de 1835, inspirado por el político Álvarez Mendizábal. Pruebas hay en el *Bosquejo* de esta simpatía de Gil por los religiosos y su papel civilizador y mantenedor de la riqueza cultural y del patrimonio artístico; todo el artículo III es una prueba irrefutable de lo que dejamos dicho y de su positiva valoración histórica del catolicismo, (o del cristianismo, que, para Gil, tanto monta). Lo mismo puede decirse de su actitud respecto de la causa templaria y, aun cuando reconoce que “ya nada representaban y la supresión de su orden en la Europa fue una medida sumamente política y cuerda”, dado el grado de desmoralización, soberbia y opulencia a la que había llegado, no deja de lamentar su caída y disolución (V).

En sus poemas *El Sil* y *Un recuerdo de los Templarios*, la contemplación del estrepitoso derrumbamiento de la Orden del Temple la expresa Gil, principalmente, con los motivos líricos del “*sic transit gloria mundi*”, del “*ubi sunt?*” y otros, próximos al tópico del “*fugit irreparabile tempus*”, de tan larga tradición en las odas, meditaciones y elegías; porque las Templarios, indudablemente, por más que se hubieran puesto “de moda” en el Romanticismo –y aún hoy lo están, en algunos sectores de la sociedad postindustrial–, pertenecían irremediabilmente al pasado. Sin embargo, la exclaustración era una cuestión de la más encendida actualidad cuando Gil escribe sus obras; y en consecuencia y por desgracia, también era un tema candente el abandono de monasterios y conventos, el expolio de sus iglesias, la dejación de las misiones, no sólo religiosas, sino también culturales que el clero regular desempeñaba, el malbaratar sus posesiones y la dilapidación de su patrimonio artístico que, en definitiva, también lo era de España.

Partiendo de esto, cobran especial significación combativa las repetidas lamentaciones de Gil ante la situación precaria en que se encontraban gran parte de los monumentos y obras artísticas del Bierzo, de León y hubiera podido decir que de toda España. Particularmente



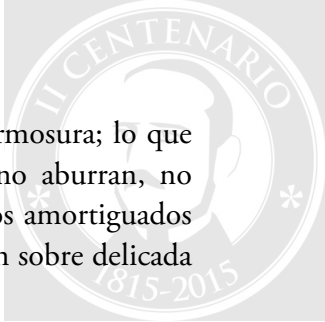
patéticas resultan sus palabras en el artículo I, cuando dice: “de real orden se ha demolido y demuele y, cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos”. O en el artículo VIII: “En la catedral, el vandalismo científico y presuntuoso ha desfigurado su claustro y su crucero; en San Marcos, el descuido permite feas mutilaciones y en Santo Domingo el vandalismo demoledor, armado de su piqueta, viola la religión de los sepulcros, reduce a polvo los destellos diversos del arte. En vano la naturaleza ha derramado sus gracias por los campos donde la mano de los hombres ha dejado escritos sus pensamientos con tan nobles caracteres, si los encargados del orden social no atajan este torrente devastador”.

Sin embargo y a pesar de todo lo dicho, el artículo IV y otros pasajes del *Bosquejo* no deja dudar de que a Gil le molesta “todo vandalismo”: el de “real orden”, el originado por la ignorancia y la incuria y... aún más: “Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante”, frase que, por el contexto, tiene un peligroso tufillo anticlerical que hace a los editores salir al ruedo con el capote de una nota en la que se ataca lo que a lo largo de todo el *Bosquejo* ataca Gil: “la devastación violenta y calculada”, y defender lo que, curiosamente, Gil defiende: las órdenes religiosas, conservadoras y protectoras durante siglos, de la cultura y el arte.

## 5. “Joven y bella estás, naturaleza...”

El sensible gustador de la tierra berciana contempla con detenimiento *Bergidum* y los rastros de la grandeza romana, el trágico paisaje de Las Médulas, la angosta intimidad del Valdueza, la sobrecogedora magnificencia de la Aquiana y la hermosura que desde ella se divisa, la impresionante solemnidad del valle del Silencio, “las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel”, la arcádica belleza de Comilón, la plácida delicia de la Ribera de Órbigo, la sosegada amplitud en que se ubica León y el altozano de la antigua Lancia. Estos son los principales paisajes que describe Gil en el *Bosquejo*.

A los que conocemos y amamos la bella tierra leonesa no nos extraña que nuestro autor no se canse de pintar, una y otra vez, con los más

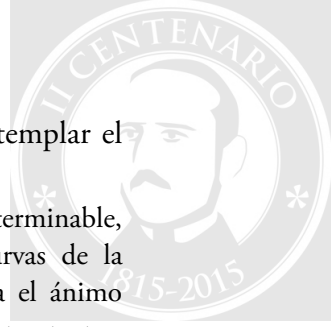


delicados matices estas estampas de agreste y plácida hermosura; lo que quizá resulte menos comprensible es que no enojen, no aburran, no empalaguen sus cuadros. Son sutiles pinceladas, en tonos amortiguados por una cierta neblina, que minuciosamente se imprimen sobre delicada seda.

Son estampas de un pintor enamorado, producto de la evocación y del ensueño. Los paisajes de Gil y Carrasco están vistos siempre desde lo alto, desde arriba, y desde una cierta lejanía abarcadora, lo que le permite no sólo ver, sino, sobre todo, ver conjuntamente, en relación, todos los elementos del paisaje, sin que ninguno ocupe lugar preponderante, predominante, y sin que, por tanto, ninguno oculte o desplace en interés de visión a los demás. Son “vistas panorámicas” en las que todo importa y, sobre todo, el propio conjunto. Gusta especialmente de los paisajes ondulados y revestidos de abundante vegetación, lo que no es difícil encontrar en León y, desde luego, todo El Bierzo es así.

En cambio, pasa de largo, casi con disgusto, por las llanuras del Páramo; le sobrecogen las imponentes roquedas peladas de la Aquiana y le angustia la estrechez tortuosa del valle del Silencio o del Valdueza: “Si por casualidad [el viajero] alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que, aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión” (III). Otra característica de las descripciones de paisajes de Gil es que él no describe sólo “lo que hay” en el paraje elegido, ni siquiera “lo que hay ante su vista”. Como en la panorámica desde la Aquiana, o en Las Medulas o encaramado en lo más alto de Cornatel, describe lo que ve, lo que, aunque no lo vea, sabe que está más allá de su vista, lo que columbra y también lo que cree adivinar e imagina: y recuerda, rememora, evoca, fantasea... A veces los paisajes de Gil se presentan como verdaderos “*locus amoenus*”, auténticos vergeles de delicadísima belleza: al monasterio de Carracedo:

...cércale por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan y de maíz y de lino, surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos... (IV).



En la Ribera de Órbigo, o cuando se extasía al contemplar el emplazamiento de la ciudad de León:

...realmente es deleitable vista la que ofrece aquella interminable, faja de praderías y arboledas, que siguiendo las curvas de la corriente, forma una vistosísima ondulación y alegra el ánimo con los infinitos matices de su verdura y con los no menos variados términos y masas de claroscuro que ofrecen los sotos y vegas que a lo lejos se dilatan. El curso sosegado y majestuoso del río y su caudal ya respetable, acaban de hermoear aquel paisaje, de suyo risueño y pintoresco, a que, como otras tantas venas, comunican fertilidad y vida las innumerables acequias que surten sus aguas (VI);

Hay en las líneas del terreno una suavidad extraordinaria y el verde perpetuo de sus prados, la bella distribución de sus masas de arbolado y la abundancia de arroyos, que como otras tantas cintas de plata parecen servir de franjas a aquella inmensa alfombra, esparcen en la imaginación una especie de contento plácido y sosegado (VII).

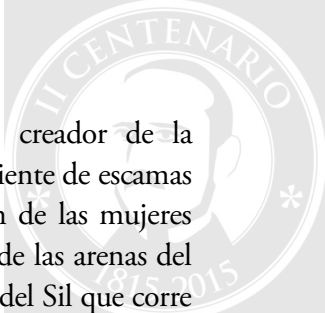
Pero es verdad que, como dice Picoche, sus descripciones, por lo general, no responden a tópicos literarios, avalados por la tradición y el uso, ni se adaptan a modelos clásicos de reconocida garantía retórica. Son visiones libres, amplias, que quieren sujetarse a la realidad, a lo que de hecho existe, a lo que Gil ve y aún todos podemos ver, pero, esa es la cuestión, la manera de ver este paisaje no es la de unos ojos, sino más bien la de una sensibilidad, la de una vida, la del hombre Enrique Gil. Ante la más o menos velada acusación de monotonía, por parte de algunos críticos –entre ellos, Azorín–, de que Gil sólo describe El Bierzo, que el verdadero protagonista de *El Señor de Bembibre* es su tierra natal, que en la contemplación de otras tierras y paisajes todo le sugiere y le hace rememorar su patria chica, bien por similitud o por contraste, Picoche afirma categórico: “Encontró en su país la naturaleza a la que supo incorporarse y no buscó otra. Si lleva El Bierzo dentro de sí, es, probablemente, porque el Bierzo es él”<sup>10</sup>.

Por el *Bosquejo* fluyen y serpean todos los ríos del Bierzo y los más importantes de la provincia. El primero de todos, el Sil, el de las arenas

---

<sup>10</sup> Picoche, p. 192.

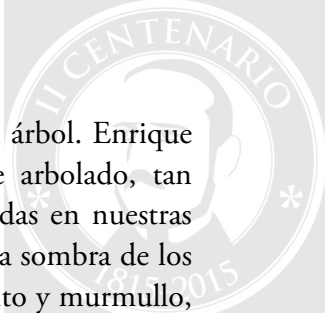




de oro, profundo y oscuro, el viejo padre caudaloso, creador de la frondosidad del Bierzo: “el Sil, centelleante, como una serpiente de escamas de oro, a los últimos resplandores del sol...”, la evocación de las mujeres “que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil”, la duda de si los romanos “aprovecharían los caudales del Sil que corre a bastante distancia (de Las Médulas), separado voz alturas y hondonadas y a una profundidad extraordinaria” y el Sil en Ponferrada, con su castillo asentado “en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza”. Y después afluentes y confluentes, próximos y lejanos, todos los demás: el Cúa y el Burbia, el Oza y el Silencio, el río Cabrera, el Jerga y el Tuerto, el Órbigo, el Torío y el Bernesga, el Villarente, el Esla, el Cea... Todos los que iba encontrando en su camino hacia Castilla, saliendo al ancho mundo, de Oeste a Este.

También los montes y montañas del Bierzo y aun de todo León, dejan sentir sus imponentes moles y acogedoras sombras a lo largo del *Bosquejo*. Gil las evoca unas veces risueñas y apacibles, como la colina de *Bergidum* y los castros de Columbrianos y San Andrés, el Montearenas, el Pajariel o las montañas de Cervera dando fondo a Sahagún. Pero con frecuencia las dominadoras montañas de su tierra le sobrecogen y anonadan, así “los picachos encendidos de Las Médulas”, “los pelados riscos de Cornatel”, “los picos blancos y altísimos de Peñalba”, “las oscuras rocas de Ferradillo”, y sobre todo, la majestuosa desnudez de la Aquiana. También nombra, aunque de pasada, como meros elementos escenográficos que se pierden en la distancia, el Teleno, la sierra de Ancares y “las montañas de Asturias”, desde la ciudad de León, o sea, los Picos de Europa.

Pero la mirada de Enrique Gil se detiene con particular deleite en el verdor de su tierra. Destaca continuamente las distintas formaciones vegetales que encuentra ante su vista; a veces, amenas y útiles: los cultivos; otras, ásperas y agrestes: incultas y enmarañadas, o lo uno y lo otro, entremezclándose. Campos de trigo, vergeles, yerbas medicinales, linares y trigo, praderas y huertas, campos de pan de maíz y de lino, linares y praderas, campos fértiles y laderas plantadas de viñedo, prados y sotos de Vilela, viñedos de Valtuille y Villafranca, sotos y vegas, verdegueantes prados y praderas... O yedras, vides y zarzas, brezos, retamas espinosas, matorrales, arbustos silvestres, zarzas y malezas...



Y destacándose sobre toda la alfombra de verdura, el árbol. Enrique Gil, y nosotros con él, ama sobre todo las masas de arbolado, tan perseguidas siempre en España, tan cruelmente devastadas en nuestras tierras del noroeste. El árbol asegura el frescor y la amena sombra de los campos y praderas, convierte el aullido del viento en canto y murmullo, reduplica el repique de la lluvia, envuelve el anidar de los pájaros, recoge, centuplicándolos, sus trinos y, por entre su follaje resbala la luz, en reflejos sutiles y cambiantes que rompen el misterio del sotobosque, pero, nunca, gracias a él, se ensañan sobre la tierra muelle los devastadores rayos del sol; y se eleva orgulloso en el paisaje, magnificando la tierra, protector y nutriente. Gil va señalando, una y otra vez, a lo largo de su obra, la presencia benéfica de los árboles: castaños, higuerales, robles y castaños silvestres, castaños del valle, encinas viejísimas, frutales y árboles silvestres, alamedas... y, en general, arboledas fresquísimas, frondosos arbolados, interminables fajas de arboledas, la bella distribución de las masas de arbolado de la ciudad de León, la hermosa calle de árboles hacia el puente del Castro... ¡Cuál no hubiera sido el dolor de nuestro poeta si, como nosotros en este verano de 1985, hubiera visto los árboles de las hermosas montañas que rodean Villafranca convertidos en teas y su bella ciudad natal cubierta por una humareda sofocante!

Y aquí está, que es conveniente poner fin con una hermosa visión, todo el esplendor de la vegetación berciana concentrado, el “no va más” de la verde belleza en variedad; aquí Enrique Gil ha elevado a categoría mítica una estampa del Bierzo con resonancias clásicas; esto es más que la descripción de un paisaje, esta es la exacta expresión de la hermosura de la Naturaleza: “Colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales, las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chios”. ¿Dónde, pues, estos recoletos y humanizados “campos elíseos”? ¿Quién ha podido ver este compendio, tan breve, de ensoñada naturaleza? Enrique Gil y Carrasco, extasiado en la contemplación del Bierzo, desde el castillo de Corullón.